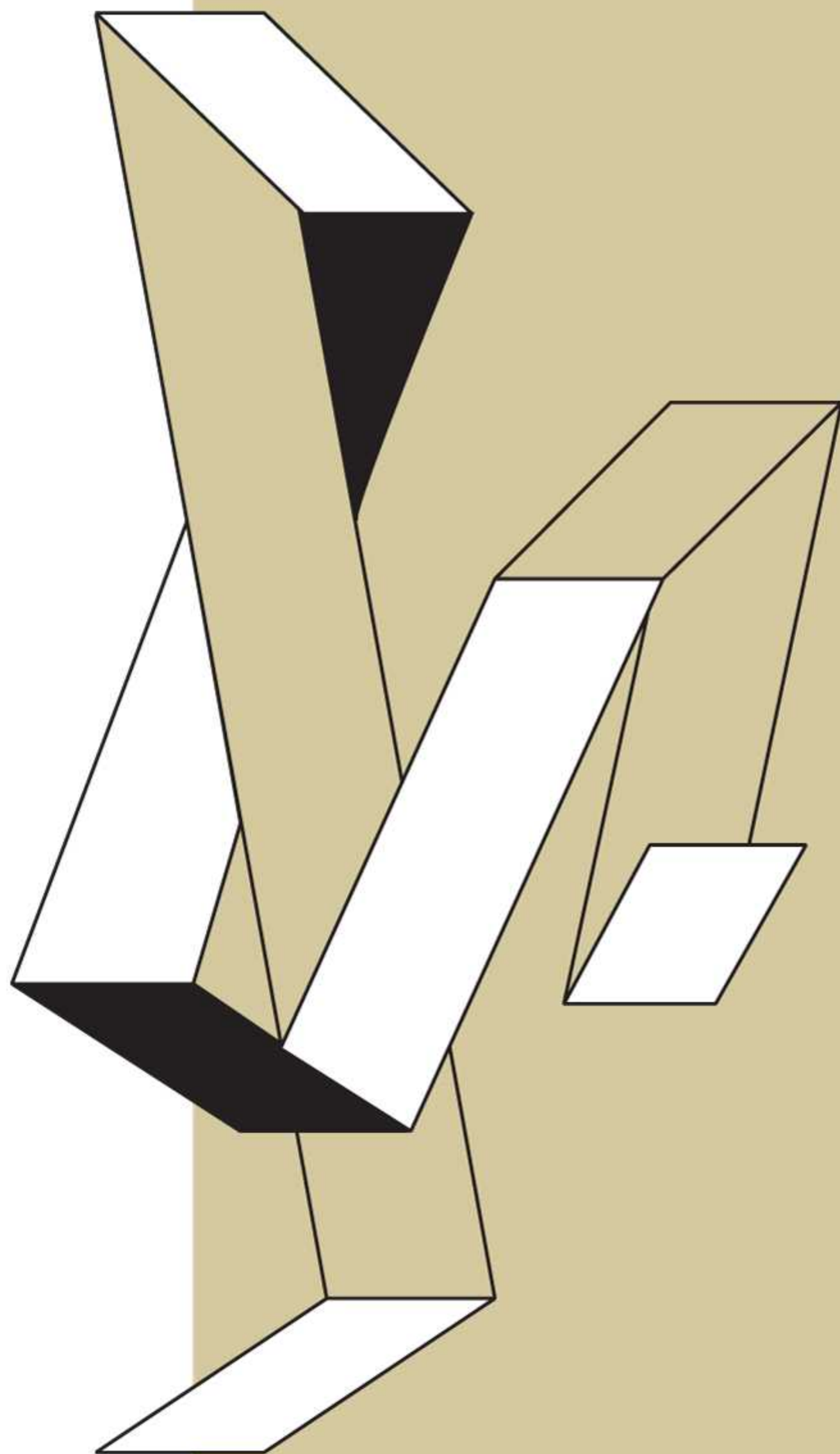


ÉRIC SADIN

LA ERA DEL INDIVIDUO TIRANO

El fin de un mundo común



LA ERA DEL INDIVIDUO TIRANO

El fin de un mundo común

Sadin, Éric

La era del individuo tirano: el fin de un mundo común
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Caja Negra, 2022
304 p.; 20 x 13 cm. - (Futuros próximos; 43)

Traducción de Margarita Martínez

ISBN 978-987-48226-4-2

1. Tecnologías. 2. Redes Sociales. 3. Liberalismo
I. Martínez, Margarita, trad. II. Título
CDD 302.231

Título original: *L'ère de l'individu tyran.*
La fin d'un monde commun (Bernard Grasset)

*Cet ouvrage, publié dans le cadre du Programme
d'aide à la publication Victoria Ocampo, a bénéficié du
soutien de l'Institut français d'Argentine.*

Esta obra, publicada en el marco del Programa de
ayuda a la publicación Victoria Ocampo, cuenta con el
apoyo del Institut français d'Argentine.

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2020

© Caja Negra Editora, 2022

Caja Negra Editora

Buenos Aires / Argentina

info@cajanegraeditora.com.ar

www.cajanegraeditora.com.ar

Dirección Editorial:

Diego Esteras / Ezequiel Fanego

Producción: Malena Rey

Coordinación: Sofía Stel

Diseño de colección: Consuelo Parga

Diseño de tapa: Emmanuel Prado

Maquetación: Cecilia Espósito

Corrección: Mariana Gaitán y Eva Mosso

ÍNDICE

| | |
|------------|--|
| <u>11</u> | INTRODUCCIÓN. Un totalitarismo de la multitud |
| | PARTE 01 - MITOS Y SINSABORES DEL INDIVIDUALISMO LIBERAL |
| <u>45</u> | 1. La ficción fundadora |
| <u>51</u> | 2. La atracción de la promesa |
| <u>57</u> | 3. La prueba por medio de la experiencia |
| <u>63</u> | 4. "Ustedes sueñan con un futuro de supermercado" |
| <u>69</u> | 5. <i>No Country for Old Men</i> |
| <u>79</u> | 6. Ese mundo cuyo héroe es usted |
| | PARTE 02 - LA EBRIEDAD DE LAS REDES Y LA CENTRALIDAD DE UNO MISMO |
| <u>89</u> | 1. La súbita sensación de una suficiencia de uno mismo |
| <u>95</u> | 2. La [i] en todo |
| <u>105</u> | 3. El mundo te pertenece |
| <u>115</u> | 4. Políticas del clic |
| | PARTE 03 - LAS TECNOLOGÍAS DEL RESPLANDOR DE LOS ESPÍRITUS |
| <u>127</u> | 1. La esferización de la vida |
| <u>135</u> | 2. Facebook: un capitalismo de la catarsis |
| <u>149</u> | 3. Twitter: el triunfo de la palabra sobre la acción |
| <u>163</u> | 4. Instagram: el liberalismo de uno mismo |
| <u>173</u> | 5. La negación del prójimo |
| <u>181</u> | 6. La desfachatez de uno mismo |

PARTE 04 - LAS TABLAS DE MI LEY

- 195 1. El advenimiento de "particularismos autoritarios"
- 213 2. El giro implosivo
- 231 3. La ingobernabilidad permanente
- 249 4. La hora del poder total

PARTE 05 - EL TIEMPO DE LAS "VIOLENCIAS LEGÍTIMAS"

- 265 1. Hastío y asesinato ciego
- 275 2. El mero desencadenamiento de los cuerpos
- 287 3. El furor de todos contra todos

CONCLUSIÓN

- 295 Una imperiosa política del testimonio
- 303 Agradecimientos



INTRODUCCIÓN UN TOTALITARISMO DE LA MULTITUD

DAVID Y GOLIATH

Fue como un violento trueno que se abatió en un mismo instante sobre toda la superficie del planeta. Ese día, el 28 de noviembre de 2010, cinco grandes periódicos, *Le Monde*, *The New York Times*, *The Guardian*, *Der Spiegel* y *El País*, publicaron simultáneamente en tapa titulares que anunciaban las mismas revelaciones escandalosas. Se trataba de una primera selección de documentos militares estadounidenses clasificados que versaban principalmente sobre las guerras en Irak y Afganistán y también había cables diplomáticos. Las filtraciones provenían de un sitio que hasta entonces tenía una audiencia relativamente marginal, WikiLeaks, fundado algunos años antes por un hombre muy decidido a confrontarse con diversas instancias asociadas al poder y a develar las lógicas que presiden su funcionamiento, en general de naturaleza opaca. Este hombre manejaba un saber agudo de los procedimientos que, en un mundo que ya había alcanzado un estadio casi

consumado de digitalización de la información, le permitía hackear datos de ciertos servidores y organizar su difusión masiva y rápida en las redes. Esa persona es Julian Assange, un experto en informática australiano que en aquel momento tenía 39 años y era el apóstol de la transparencia generalizada de los asuntos públicos o privados; una transparencia que, se suponía, representaba uno de los mecanismos fundamentales de las sociedades plenamente democráticas y libres.

Si entonces se divulgaron muchas conductas reprochables y hasta a veces ilegales, el movimiento partía del postulado según el cual toda actividad, cualquiera fuera su naturaleza, desde el momento en que se valiera de métodos confidenciales, merecía ser llevada al conocimiento del público. El "lanzador de alertas" se elevó *in situ* al rango de profeta de la época, dado que había tenido el ingenio de crear una infraestructura destinada a hacer temblar a los "poderosos" que no habían dejado de gozar, desde siempre, de una amplia inmunidad. Pero al mismo tiempo fue acusado por algunos de candor e irresponsabilidad, de ser culpable de poner vidas en peligro o de interferir en la implementación de acciones que, para ser llevadas a buen término, necesitaban desarrollarse al abrigo de las miradas curiosas. Pero qué diablos, desde el momento en que reconocemos a un héroe impulsado por tan nobles aspiraciones, ¿por qué cargarnos con matices? Es mejor apurarse y unirse al coro general de aclamaciones. Con mucha rapidez, Estados Unidos pidió la extradición de Assange desde su lugar de residencia, Londres, donde se refugió finalmente en la embajada de Ecuador. Se decretó la prohibición para cualquier sistema de alojar la plataforma; de inmediato, como a la velocidad de la luz, proliferaron más de dos mil "sitios espejo". Esas instancias señalaban el advenimiento de una nueva era que, de ahí en más, haría difícil, incluso imposible, bloquear la propagación instantánea y mundial de documentos.

Ya nada sería como antes: un individuo, o diversos grupos de individuos, podían con su sola acción importunar a las grandes instituciones, o incluso a los mismos Estados, en este caso, a la primera potencia económica y militar del planeta. Era el índice patente de que en lo sucesivo se nos ofrecerían a todos poderes sin precedentes. En Francia, *Le Monde* señaló a Julian Assange como “personaje del año 2010”. Por su lado, el *New York Times*, pero también el *Times Magazine*, eligieron a otro joven, esta vez de 26 años, que, por su “espíritu visionario” y su excelente dominio del código informático, parecía poder instalar, casi por sí solo, un nuevo orden: Mark Zuckerberg, el fundador de Facebook que se acababa de convertir en la “star” de la plataforma que ya se llamaba “red social” y que en aquel momento conocía un crecimiento exponencial. Ese título honorífico le fue atribuido pocos meses más tarde de que hubiera sido objeto, pese a su extrema juventud, de una “biopic”: *Red social* (David Fincher, 2010). Su obra consistía en permitir a los seres humanos a lo largo y ancho del planeta tener intercambios de modo sencillo, contar hechos cotidianos más o menos íntimos para círculos de personas afines, tomar la palabra públicamente y a propósito de todo tipo de temas tanto como quisieran, o incluso postear fotos personales, entre otras funcionalidades. Emergían nuevos juegos de visibilidad y de expresividad que ahora estaban puestos a disposición de todos.

EL TIEMPO DE LA ESTUPEFACCIÓN

Probablemente, ahora que la década de 2010 ha concluido, sea posible considerar estos dos acontecimientos como inaugurales de una secuencia histórica que mostró, a una velocidad que crecía sin descanso, cómo el basamento sobre el cual desarrollábamos nuestras existencias se volvía más blando y se pavimentaba con referencias

menos reconocibles. Si hacer cortes temporales en décadas reviste *de facto* una dimensión arbitraria, constituye sin embargo, a posteriori, cuando una de ellas se cierra, el marcador de una época. Durante ese período, día tras día fuimos testigos de gestos, de palabras, de reflexiones que no concordaban ya exactamente con lo que conocíamos hasta entonces. Asistimos, en general desconcertados, a la metamorfosis solapada de los modos de comportarnos, de pensar, de expresarnos, sin que pudiéramos determinar cuál era su tenor; más bien lo que pasó fue que la manifestación de estos nuevos modos, repetida con regularidad, generó sorpresa, incomprensión y a veces inquietud. No eran tanto las grandes estructuras de la sociedad las que daban muestras de hábitos nuevos sino los cuerpos, las posturas, las miradas –o la ausencia de miradas– las que asumían, perceptible o imperceptiblemente, un giro inusitado. Parecía propagarse ineluctablemente una atmósfera formada por tensiones más o menos manifiestas, por gestos de falta de educación, de violencia verbal y física que provocaban una sensación rampante de malestar.

Estas impresiones subjetivas entraban en resonancia con un desarrollo general de las cosas que nos confirmaba a una amplia escala este cambio de *ethos*, de ser en el mundo. El espíritu de la época, aun si bastante indefinible, se declaraba sin embargo en una multiplicidad de hechos que, a fuerza de impactos regulares, nos desconcertaban –algunos incluso nos dejaban estupefactos–, y hacían eco, de modo patente o sordo, en nuestra vida cotidiana más común y corriente. Observábamos que se expresaba una desconfianza creciente respecto de las instancias de poder de todo tipo: responsables políticos, instituciones públicas, organizaciones internacionales, “élites”, órganos de prensa... Comenzaron a declararse, a lo largo y ancho del mundo, embestidas populistas que daban testimonio, más que de la voluntad legítima de los pueblos de ser una parte más participativa de la marcha de su destino, de

un rechazo a la democracia representativa y de un súbito apasionamiento por figuras que se valían en general de la inyectiva y prometían porvenires mejores gracias a la instauración de sistemas organizados prioritariamente alrededor de sus personas. Los años 2010 mostraron, como por contagio, en los cinco continentes, la llegada al poder de regímenes llamados “iliberales”: Hungría, Turquía, Polonia, Italia, India, Filipinas, Brasil...

Dos resultados inesperados y desconcertantes confirmaron que empezaba a predominar otro clima: el voto en favor del Brexit, en junio de 2016, que decidió la salida del Reino Unido de la Unión Europea, seguido algunos meses después por la elección de Donald Trump en la presidencia de los Estados Unidos. Ciertas posiciones, caracterizadas principalmente por la intención de desafiar el orden establecido, llegaban a hacer valer sus puntos de vista de modo súbitamente masivo. Estos acontecimientos habrían sido favorecidos por la difusión creciente de discursos que presentaban los hechos sin tener en cuenta su concordancia con lo real con la única finalidad de influir en las conciencias. Se constituyó un nuevo régimen de opinión –más exactamente, de aserción infundada–. Aparecieron entonces las nociones de “posverdad”, de “fake news”, de “infox”, haciendo eco, por su connotación absurda, en nuestra creciente desorientación colectiva.

Algunos años antes, en 2014, un hombre llamado Abou Bakr al-Baghdadi había proclamado, él solo, en territorios ya reconocidos ubicados a caballo entre Irak y Siria, el nacimiento de un califato: el Estado Islámico. El califato estaba destinado a servir de base de lucha contra el supuesto desvío de los países musulmanes respecto del dogma y contra un Occidente acusado de promover modos de existencia juzgados impíos. Occidente tenía que pagar, finalmente, el precio de las humillaciones que había hecho padecer a tantas poblaciones colonizadas en épocas

previas. Muy pronto, la influencia de esta entidad, ejercida principalmente a través de Internet, tuvo como efecto que se consumaran series de asesinatos en masa –cometidos, en la mayor parte de los casos, por individuos solitarios– en Europa, Medio Oriente, Asia, los Estados Unidos.

Estas conmociones se produjeron sobre el fondo de una expansión sin precedentes del *complotismo* a escala del planeta. Personas o grupos cebados cotidianamente por sitios supuestamente “alternativos”, o por mirar videos de la misma índole, imaginaban ahora que conocían la verdad de los hechos y sus engranajes, en oposición a todos los discursos llamados “oficiales” que operarían concertadamente para sostener las “lógicas de dominación”. Al mismo tiempo, resurgió un antisemitismo que recuperaba sus características históricas, que se valía de los sempiternos clichés y que alegaba la influencia de los judíos sobre las finanzas o les atribuía el objetivo de organizar empresas de manipulación con diversas finalidades, pero que sobre todo se manifestó de modo inédito, no ya bajo la forma de un resentimiento vago y subjetivo generalmente silenciado, sino por medio de la enunciación enérgica de palabras, en primera persona o enmascaradas, que estaban llamadas a circular por todas partes.

NUESTRA DESORIENTACIÓN

Todos esos fenómenos, convertidos en el destino casi banal de la época, generan permanentemente una oleada de discursos más o menos desconcertados, de comentarios, de artículos, de obras. Lo propio del desarraigo es que produce verbo. El primero de los reflejos, entonces, consiste en subrayar la insolvencia del neoliberalismo –convertido, desde hace más de medio siglo, en el credo predominante en la mayor parte de los países– y en detallar las consecuencias molestas que este pudo originar: aumento de las

desigualdades, generalización de la precariedad, retroceso del Estado de bienestar y del principio de solidaridad. Se recuerda el descrédito en el que cayeron los responsables políticos que habrían faltado a su misión de velar, antes que nada, por el mejor interés general. Se vuelve sobre los contragolpes nocivos de la crisis financiera de 2008 y todos los daños personales y colectivos que ocasionó. Se menciona la abundancia caótica de los flujos migratorios a lo largo y ancho del mundo, particularmente en Europa, en el transcurso de la década de 2010, los efectos de repliegue y de rechazo que pudieron provocar. Se invoca incluso la conciencia, de ahora en más universal, relativa al desastre ecológico, a los desajustes climáticos, a la contaminación mortífera, al uso criminal de pesticidas, hechos que dan testimonio de un *laisser-aller* irresponsable, e incluso de connivencias entre los gobiernos y el mundo económico vigentes desde hace largo tiempo. Con total seguridad, todos esos acontecimientos conjugados, y bastantes otros más, contribuyeron a avivar una sensación cada vez más extendida de desconfianza. Pero nos cuesta captar la incidencia de cada uno de ellos, y todavía más nos cuesta tejer lazos que se revelen iluminadores o captar qué es lo que finalmente moviliza a ese espíritu contemporáneo tan singular. Es como si, para retomar las palabras de Nicolás Maquiavelo, “la indeterminación del tiempo enturbiara las conciencias”.

Entonces, sumidos en la más absoluta confusión, intentamos hacer analogías históricas. Evocamos una “vuelta de los años treinta”. Llegamos al punto de hacer sistemáticamente comparaciones apuradas y superficiales a casi un siglo de distancia. Estos procedimientos no hacen sino aumentar la confusión impidiéndonos entender la sustancia de nuestro presente, que es inédita en todo punto. Nos aferramos sin descanso a hacer hablar esta cascada de acontecimientos pero no llegamos a hacer que

nos den su jugo, ni llegamos a comprender de qué manera están hechos. No es que, si llegáramos a hacerlo, podríamos entonces esperar rectificar el curso de las cosas invadidos por las mejores intenciones. Al menos nos veríamos finalmente confrontados sin obstáculos a lo que actualmente nos hace frente. Todo el tiempo establecemos constataciones, pero sin llegar a diferenciar lo que le compete a un núcleo o foco original que, pese a todo, sí es identificable. En oposición a toda esa prosa desconcertada y a ciertos métodos bastante inútiles, lo que convendría hacer es *subir un nivel*. Es decir, no considerar estas evoluciones como si fueran de algún modo exteriores a nosotros –como si representaran el sustrato fatal e indiferenciado del mundo– sino ver que aquello que las mueve es una multitud de fuerzas que, de ahora en adelante, creen que gozan de un estatuto absolutamente distinto, y que pretenden hacerlo saber. Porque lo que se formó en el transcurso de los años 2010 –lo que modificó de un extremo al otro la representación que nos hacemos de nosotros mismos, así como nuestro régimen histórico de existencia común– es el advenimiento de *una nueva condición del individuo contemporáneo*.

EL RESULTADO DE UNA HISTORIA MUY LARGA

Si este *ethos* se hizo carne hace tan poco tiempo, es porque, antes que nada, es resultado de la culminación de un largo proceso, que se remonta a más de dos siglos atrás, y que tiene su origen en una doctrina filosófica y política que, particularmente en Occidente, modeló nuestros usos y nuestra cultura: *el individualismo liberal*. Esta corriente, que eclosionó cuando empezó el siglo XVIII y que conoció una cierta suerte teórica en el momento de las Luces, pretende responder a la aspiración de los seres humanos a liberarse de sus yugos, favorecer la expresión de

su propio juicio e instituir el principio de su autonomía en el seno de una sociedad destinada a hacer prevalecer la igualdad de derecho y el mejor interés general. Sin embargo, la paradoja –o, más probablemente, la falla inherente a este movimiento del pensamiento– es que muy pronto la aplicación de sus preceptos en el seno de las grandes potencias industriales, comenzada en los albores del siglo XIX, llevó al desarrollo de desigualdades escandalosas, a la generalización de condiciones de trabajo degradantes y a la pauperización crónica. Son fenómenos que generaron –para la mayor parte de la gente– la sensación despiadada de una brecha entre la promesa inicial aparentemente luminosa y las realidades que se vivían cotidianamente, y también oposiciones fuertes, tensiones políticas y sociales, levantamientos cíclicos y la impresión cada vez más extendida de que esa ecuación tan alabada por algunos se revelaba desigual para la mayor parte de las personas.

Sin embargo, bastante más tarde, cuando terminó el segundo conflicto mundial junto con todas las atrocidades y sufrimientos que se soportaron con él, el renacimiento de las democracias liberales se vio acompañado de la convicción según la cual, si la libertad individual representaba, más que nunca, el axioma principal, entonces se impondría finalmente un equilibrio armónico entre los apetitos legítimos de cada cual y la cohesión general. En el porvenir, estos regímenes prometían ser a la vez los garantes de la protección de todos, de la iniciativa privada y también del crecimiento económico, de lo cual resultaría una prosperidad feliz que beneficiaría a la comunidad entera. A tal efecto, se introdujeron mecanismos de solidaridad y se desarrollaron los servicios públicos. Sin embargo, con el transcurso de las décadas –y por el hecho de la presión conjugada de las fuerzas ideológicas, los intereses privados y las crisis que se habían vuelto recurrentes–, estos credos tomaron poco a poco menor sustancia, mientras se instauraban paralelamente condiciones de trabajo

cada vez más esclavizantes y que ponían a los seres humanos a competir ferozmente entre sí –a mediados de los años setenta–, condiciones favorecidas por los primeros movimientos de deslocalización industriales y los despidos en masa que esos movimientos provocaron. Fue el momento de una decepción brutal: la de ver el pacto social ya no oficiando de pilar fundamental sino fisurándose, lo cual provocó un primer estado de desconfianza respecto de los responsables políticos que más tarde no dejaría de crecer. Esa herida o ese traumatismo colectivo inaugural, de alguna forma, no se olvidaría nunca y dejaría huellas –hasta más allá de las generaciones–, dado que descubrimos, cerca de medio siglo más tarde, hasta qué punto eran indelebles y constituían el caldo de cultivo originario sobre el cual llegarían a acumularse muchos otros rencores futuros.

Sin embargo, después de la caída del Muro de Berlín en 1989, esa línea ideológico-política –como embargada por un acceso de conciencia– garantizaría una vez más con bombos y platillos su voluntad de reanudar lazos con su espíritu original y de encontrar un nuevo hálito. Este era proyectado por el “fin de la historia”, que nos mostraba cuán anacrónicos eran los enfrentamientos entre modelos de civilizaciones opuestos con todos los costosos gastos militares que inútilmente se derivaban de ellos. Se dejaba lugar ahora a un régimen que prometía la reconciliación y el bienestar generalizado: *el social-liberalismo*. Se impondría un contrato redefinido. Se resolvería, finalmente, la tensión entre la libre iniciativa de las personas y la búsqueda del mejor interés colectivo gracias a la punición equitativa de las riquezas acumuladas con el objetivo de beneficiar al colectivo común. La fórmula reivindicaba su coherencia tanto más cuanto que se habían derrumbado los Estados que habían pregonado el colectivismo y la planificación, así como también se habían visto todas las

derivas y excesos ocasionados por el crecimiento frenético del neoliberalismo vigente desde muchos años antes. Pero en realidad ya era demasiado tarde, porque este período representa un momento pivote: el de la cristalización de un doble fenómeno que se había puesto gradualmente en acto desde décadas atrás. Se había producido una ruptura casi definitiva de la confianza respecto de la palabra política, así como una *desunión*, todavía bastante imperceptible, entre individuos y cuerpo social. Se iniciaría una larga secuencia –que llega hasta el día de hoy– que nos muestra un agravamiento continuo y constantemente acelerado de esa misma ecuación.

RUMBO HACIA EL CAPITAL DE UNO MISMO

En los comienzos de los años noventa, algo se modificó: hubo una suerte de *primacía sistemática de uno mismo ante el orden común*, aunque no reivindicada expresamente como tal. Lo que caracterizaba a esta tendencia es que procedía de una reapropiación voluntaria de lógicas decretadas hasta entonces desde afuera, principalmente las vigentes en el *management*, que desde los inicios de los años ochenta se había liberado lentamente de los esquemas normativos reduciendo a los empleados a meros ejecutantes, para operar después una inversión que apuntaba a favorecer la expresión de su “creatividad”, de lo cual resultaría un doble beneficio: la obligación de dar lo mejor de sí mismo continuamente y de poner como argumento la responsabilidad individual en caso de que los resultados fueran malos. De ahí en adelante, estos principios se impusieron mientras adquirían la apariencia de obedecer a una verdad de época. Además, parecía apropiado, más allá del marco del trabajo, colocar la propia existencia –de modo infinitamente menos coaccionado– bajo el sello de la manifestación sin trabas de los propios talentos y

de una búsqueda de la soberanía personal. Era suficientemente elocuente al respecto la celebración, generalizada por entonces, de la tipología del autoemprendedor, que se mostraba, él solo, gracias a su audacia y tenacidad y contra todas las circunstancias, como capaz de acceder a ciertas formas de autonomía, y que comenzaba a officiar de modelo, consciente o inconscientemente, de cómo conducir el propio destino.

Fue en ese momento cuando se propagó una imaginaria popular que erigía a los individuos como dotados de poderes casi sobrehumanos, como capaces de todas las hazañas y de hacer temblar el orden de las cosas: atravesar solo el Pacífico con una barca, por ejemplo, según la proeza lograda por Gérard d'Aboville en 1991, quien había alcanzado las costas californianas desde las costas del Japón gracias a su coraje y la fuerza de sus brazos. O realizar, tal como el gurú prestidigitador David Copperfield, pases de magia que permitían hacer creer que su autor levitaba de un extremo al otro del Gran Cañón. Fue también en ese período cuando proliferaron celebridades en gran cantidad de oficios entre los cuales algunos se practicaban, al menos hasta ese momento, con cierta discreción. Ya no eran *celebrities* solo las estrellas de rock o los íconos del cine, también quienes creaban empresas que, simbólicamente, casi los suplantaban y cuyo "genio visionario" se halagaba. En primer rango, estaban Bill Gates o Steve Jobs, quienes habían entendido con mucha rapidez cuál era el alcance de las posibilidades auguradas por la informática personal. También había arquitectos: Rem Koolhaas, por ejemplo, autor, en 1995, del libro *patchwork S, M, L, XL*,¹ que tuvo enorme éxito; o Frank Gehry, cuyo museo Guggenheim Bilbao, de formas

1. Rem Koolhaas y Bruce Mau, *S, M, L, XL*, Nueva York, The Monacelli Press, 1995.

en fuga y superficies relucientes, inaugurado en 1997, era objeto de miles de artículos y reportajes. Hubo también diseñadores como Philippe Starck, entre otros, pero también estilistas, chefs, pasteleros, jardineros, viticultores: todos ellos fueron tapas de revistas a lo largo y ancho del mundo. Se generalizaba una tendencia hacia la conversión en héroes de las personas suponiendo que ese estatuto representaba el estadio supremo, aunque convertido en banal y virtualmente prometido a todos, del éxito social y de la realización de uno mismo.

El mundo parecía súbitamente “liso”, portador de infinitas potencialidades que se ofrecían a los nómades de la época ávidos de ir más allá de cada oportunidad aprovechable, conforme con los preceptos de la filosofía del deseo por entonces tan en boga, particularmente la que había teorizado Gilles Deleuze, cuyas obras constituían la biblia de los estudiantes de las escuelas de arte o de *marketing* que soñaban con surfear todas las “líneas de fuga” que llevaban a la fortuna y la luz. El proyecto político del individualismo liberal que, dos siglos antes, había aspirado a la liberación de los seres humanos, ahora se había transformado definitivamente en otro *ethos*: el de la búsqueda desenfadada de la singularización de uno mismo con la única finalidad de desmarcarse de la masa, una búsqueda que ahora se veía como la ventaja competitiva determinante. Se forjó entonces –por la fuerza de los discursos, de las imágenes, de representaciones de todo tipo, pero también a veces por experimentar de modo novedoso ciertas secuencias de la vida cotidiana– un aire de época que llevaba a cada cual a imaginarse dotado de una fuerza casi ilimitada, a considerarse como el primer centro de este nuevo mundo consagrado de ahora en adelante a estar constelado únicamente por nubes de estrellas más o menos resplandecientes.